

distintos pueblos es como una cadena, cuyos eslabones van enlazados los unos en los otros desde el primero hasta el último, y en la vida de las naciones hay una lógica inflexible, porque todos los sucesos son siempre consecuencia indeclinable de los que les han precedido.

El estudio, pues, de la historia patria es el más útil, el más interesante, el de mayor importancia; y al estudio, á la rectificación y al engrandecimiento de la historia patria, dedica especialmente sus trabajos, sus investigaciones y sus afanes la Real Academia á quien tengo la honra de dirigir la palabra. Y me es forzoso decir, aunque ofenda su modestia, que cumpliendo tan honroso empeño ha prestado y está prestando los más útiles y brillantes servicios á la ciencia y á la nación.

La Academia ha sacado del oscuro polvo de los archivos á la luz pública los documentos más preciosos, que refieren y atestiguan hechos gloriosísimos de nuestros mayores y que patentizan los progresos de la civilización en nuestro suelo y los pasos que ha ido dando desde los más remotos siglos. La Academia ha evocado de la tumba del olvido esclarecidos nombres y notables hechos, sin cuya noticia era imposible dar el verdadero valor á posteriores hazañas, ni comprender y explicar posteriores acontecimientos. Y no sólo ha hecho un gran servicio á la ciencia con la publicación de interesantes documentos casi desconocidos, y que dan gran luz á la historia de nuestro país, sino también restableciendo el texto íntegro y correcto de antiguas crónicas y aclarando completamente la verdad de hechos que andaban desfigurados por la tradición ó en las obras de ligeros, apasionados y extraños escritores. Y no es menor servicio el que ha prestado esta ilustre Academia, salvando de su total ruina ó desaparición documentos del mayor interés, que estaban diseminados en manos ignorantes que no conocían su valor; ó que en las mismas antiguas bibliotecas hubieran emigrado ó perecido en los modernos trastornos y en tiempos fatales, en que se miraban estas preciosas joyas, ora con extremada codicia, ora con extremada indiferencia.

Y no sólo los documentos escritos han sido el objeto de las investigaciones de este ilustre cuerpo y el fundamento de sus trabajos. No, con igual afán y no menor acierto, me complazco en decirlo, se ha desvelado por investigar, por estudiar, por adquirir otros aún más importantes, aún más auténticos, aún más elocuentes que los escritos. Los que lo están con caracteres de piedra y de metal en los antiguos monumentos injuriados por los siglos, en las murallas derruidas y castillos desmantelados, que preguntan una lucha encarnizada de ocho siglos entre dos razas, entre dos religiones distintas; en las basílicas, testimonio de la piedad de nuestros héroes, en los quebrantados sepulcros, en las rotas lápidas, en las casi borradas inscripciones, y en los incompletos utensilios de hierro y en las armas empuñadas, y en las medallas y en las corroidas monedas, que se encuentran sepultadas en la tierra y sobre las que en vano se estampó la huella asoladora de los siglos. Documentos todos de altísima importancia, porque son irrefragables y aseguran la existencia y la autenticidad de grandes nombres, de grandes hechos; porque atestiguan de un modo positivo el estado de las creencias, de la civilización, de las artes en el tiempo en que se construyeron; y porque sus fechas y las épocas que por su forma, por su esencia, por su uso, por su carácter particular designan de una manera positiva é incontestable, dan seguros datos á la cronología, sin la que nada vale, nada dice, nada enseña la historia.

Pero no eran bastantes para satisfacer el celo ardiente de esta sabia corporación los servicios que acabo de recordar á tan respetable auditorio, y que ha prestado sin desmayar ni un punto en sus sabias tareas, desde que debió su fundación á la munificencia del señor rey don Felipe V, de feliz memoria. Pues animada hoy con la altísima protección que le dispensa bondadosa la augusta descendiente de aquel monarca, la inclita Isabel II, que para bien de las Españas ocupa felizmente el trono de San Fernando, ha querido llevar aún más allá sus esfuerzos y promover y estimular á los escritores españoles á que trabajen para ilustrar la historia patria, ofreciéndoles los honrosos premios que hoy van á adjudicarse, y proponiendo los asuntos que le parecieran más convenientes para que se ejercitasen los entendimientos y las plumas de los que quisieran disputar la corona en tan honrosa y lucida palestra.

Y, ¿qué asunto más grande, más filosófico, más trascendental que el *Exámen histórico crítico del influjo que haya tenido en la población, industria y comercio de España, su dominación en América?* Este fué uno de los asuntos propuestos por la Academia. Y fué el otro la *Historia del combate naval de Lepanto, y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso.* ¿Quién podrá desconocer, señores, el acierto de la elección y el ancho campo

que ofrecen tan oportunos argumentos al estudio, á la reflexión y á la crítica?

Cuando España, después de la reunión de los dos grandes reinos en que estaba dividida, formó un verdadero cuerpo de nación, y cuando acababa de lanzar de su suelo los últimos restos de las razas de Oriente, que por espacio de ocho siglos fueron sus opresoras; y cuando se constituía en una sola y grande monarquía, cuyo dominio no se encerraba sólo en el ámbito de la península, sino que se extendía por la rica y esclarecida Italia, llamó á sus puertas un hombre oscuro, un soñador extranjero, un pobre piloto genovés, á quien Dios había marcado con el sello de su omnipotencia, dándole una fe ardiente, una perseverancia heroica y una idea sola y fija, tan nueva como lo desconocido, tan elevada como los astros, tan grande como el universo. Los monarcas y los poderosos de la tierra le habían negado su acceso, como á un absurdo arbitrario; los sabios de la tierra lo habían desdenado, como á un iluso extravagante; los pueblos de la tierra lo habían escarnecido, como á un desdichado demente. Pero la grande Isabel, gloria de su siglo y predilecta del Señor, vió á aquel hombre y lo oyó, y conoció que era un instrumento de la Providencia, instrumento para llevar á cima un altísimo designio. Y comprendió al ente extraordinario y lo admiró y le ayudó á la obra desconocida con su convencimiento, con sus tesoros, con su firme y soberana voluntad. Y España, que ya tenía un cardenal Mendoza, un Cisneros y un Gran Capitán, tuvo como donativo de su Reina, un Cristóbal Colón, y con él un nuevo y desconocido mundo.

Si, conducido por la mano de Dios aquel instrumento de su omnipotencia, atravesó en frágiles navas españolas desconocidos mares, siguiendo el curso del sol, y descubrió las inmensas y ricas regiones de Occidente, que el heroísmo y la noble espada de Hernán-Cortés y el arroyo y la dura lanza de Francisco Pizarro añadieron, con eterna gloria del nombre español y exaltación de la religión cristiana, á la monarquía española, haciéndola la más grande, la más opulenta, la más poderosa de la tierra.

Este acontecimiento, de tanta influencia en el mundo, ¿cómo no había de tenerla en la nación que lo había llevado á cabo? Aquellas regiones inmensas, despobladas, vírgenes, las más fércas del globo, ¿cómo no habían de llamar á su seno á sus señores de Europa, del país trabajado y empobrecido con tantas y tan pertinaces guerras, y poco después despedazado con tantas disensiones y ensangrentadas controversias? Aquellas montañas preñadas de preciosos metales, ¿cómo no habían de despertar la codicia de sus nuevos poseedores? Aquellos extensos páramos, y aquellos enmarañados bosques, ¿cómo no habían de necesitar de los esfuerzos de la industria para ser fructíferos y debidamente beneficiados? La necesidad de estar en continuo contacto con aquellas remotas playas, ¿cómo no había de influir en la navegación? Y los ricos productos de aquellos climas, y las necesidades de sus nuevos señores, ¿cómo no habían de dar un nuevo impulso al cambio, un nuevo ensanche al comercio? Y qué influencia no debieron ejercer en las costumbres y en el carácter de nuestros padres el orgullo de tan prodigiosas conquistas, las inesperadas riquezas que se derramaron por la península, las nuevas necesidades que el uso de las producciones peculiares de América introdujeron, y por el ancho campo que aquellos vastos y remotos países ofrecían á peregrinas aventuras, al rápido engrandecimiento, al hallazgo de tesoros incalculables, y hasta al refugio é impunidad de los discolos y malhechores?

Si la influencia de aquel portentoso descubrimiento, y de la conquista y posesión de aquellas vastísimas regiones, fué perjudicial ó provechosa para España, es cuestión muy debatida por filósofos y economistas, y en que se han exagerado, como siempre acontece, las razones de unos y otros, ya con graves y fundados argumentos, ya con sutiles y brillantes sofismas. No es de mi propósito entrar en ella, pero diré de paso: que ciertamente el descubrimiento de aquellos vastos países, y las riquezas que ofrecían, ocasionaron una emigración de que pudo resentirse nuestro suelo, que el raudal de oro y de plata que envió América á nuestros puertos hizo innecesario el trabajo, con perjuicio notable de la industria y de la agricultura, que creció entre nosotros el amor á las aventuras y á buscar fortuna sin más medios que la osadía. Pero creo firmemente que si nuestros reyes, empeñados, por desgracia nuestra, en las guerras de Flandes, y en contrariar la dominación francesa en Italia, hubieran conocido la importancia del nuevo Continente, y si se hubieran aplicado principios económicos más acertados á la administración de aquellos países; y si la elección de los funcionarios públicos enviados á regirlos y administrarlos hubiese sido más severa y acertada; y si se hubiera en fin dado mejor empleo á los inmensos caudales que de allí

venían, acaso aun se llamáran españolas aquellas extensas regiones y fuera hoy mi adorada patria la primera nación del mundo.

El combate de Lepanto, si no es asunto de tanta magnitud como el que acabo de mencionar, fué suceso de tal importancia para la cristiandad y para Europa, y tuvieron en él tan señalada participación las fuerzas navales españolas, que su recuerdo, su descripción, y el examen de sus consecuencias, son empleo digno del ingenio descriptivo, del estudio observador y del vuelo de una elegante pluma. En Lepanto se hundió para siempre el formidable poder otomano, azote de la cristiandad y de la civilización, propagador de la esclavitud y del despotismo, y último representante de las irrupciones de bárbaros que tantas veces trastornaron el Mediodía y el Occidente de Europa. En Lepanto las navas españolas figuraron en primer término; un excelso príncipe español mandó en jefe la escuadra Católica; allí se distinguió como siempre, acrecentando su gloria, el famoso don Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz; y allí, en una de las galeras vencedoras, de las que más levantaron el nombre español, perdió la mano izquierda un oscuro soldado de ninguna importancia; pero este oscuro soldado de ninguna importancia era Miguel de Cervantes, á quien el cielo conservó la mano derecha, para que manejando con ella, en vez de la espada la pluma, eternizara la lengua española, escribiendo un libro gigante, que es nuestra primera gloria literaria y que vivirá cuanto viva el mundo.

¿Pero cómo los trabajos de la Real Academia de la Historia no habían de ser de tanta utilidad para la ciencia, de tanto alcance para la instrucción pública, de tanto lustre para la Nación, y no había de merecer el mayor aprecio de otras sabias corporaciones extranjeras, si han cooperado siempre á ello los más claros y estudiosos varones, y los primeros sabios de nuestro país, que han dejado al público, al archivo de esta Corporación y á la memoria de sus discípulos é imitadores, luminosos rastros de su saber y de sus fructíferas tareas?

Prolijo sería hacer un catálogo de hombres eminentes que han pertenecido á esta Real Academia desde su fundación. Pero me es imposible no hacer mención en este día solemne de esclarecidos académicos, cuya reciente pérdida lamentamos, y que han dejado al bajar al descanso del sepulcro un nombre eterno coronado con la gratitud, que siempre tributan las naciones á los que han contribuido eficazmente á su ilustración.

¿Quién no pronuncia con profundo respeto el esclarecido nombre de don Martín Fernández Navarrete, que trabajó por espacio de sesenta años en averiguar, referir é ilustrar las hazañas de nuestros célebres marinos desde los más remotos tiempos? ¿Quién olvidará al modesto don Diego Clemencín, cuyos trabajos históricos son de los que más lustre han dado á esta Academia? ¿Quién no admira la alta capacidad del noble conde de Toreno, que en una obra monumental ha eternizado el período más glorioso de nuestra historia? ¿Quién, en fin, no elogia al egregio duque de Frias, que tan profundos conocimientos poseía en historia patria, que tan importantes servicios hizo militares y diplomáticos, y á quien los inspirados acentos de su lira, siempre grandes, siempre aristocrática, siempre española, aseguraron un lugar distinguido en el templo de la inmortalidad? No porque recuerde sólo estos personajes, se crea que desestimo y dejo en olvido otros no menos célebres de beneméritos académicos, cuyos nombres y cuyos trabajos merecen eterna gloria y gratitud imperecedera. Pero siéndome imposible recordarlos á todos en este discurso, aunque á todos admire y aprecie la amistad con que me honraron y favorecieron estos de que he hecho mención, las lecciones sabias que me dieron en su trato familiar, íntimo y frecuente; el haber corrido con ellos casi las mismas vicisitudes en estos azarosos tiempos, y el estar aún calientes sus cenizas, me han arrancado esta demostración sentida de una verdadera amistad. Sean, pues, mis palabras como las flores que se esparcen sobre las tumbas, que encierran restos queridos y venerados.

Si tan altas, tan importantes, tan fructíferas han sido siempre las tareas de la Real Academia de la Historia; si tan sabios y esclarecidos varones se han honrado llamándose sus individuos; ¿cuál será mi confusión y mi gratitud al verme, tan sin merecerlo, llamado á formar parte de esta sabia corporación? ¡Ojalá me hubiese dotado el cielo con la más alta inteligencia, y concedido una vida más sosegada y menos angustiada, para haber podido dedicarme con más aprovechamiento á los elevados estudios de la ciencia de la Historia, por la que siempre he tenido particular predilección! Tal vez me sería ahora posible traer el tributo de mis vigiliat y desvelos á este ilustre cuerpo. Mas ya que no me sea concedido tanto, le ruego humildemente que se digna de recibir benévolo el pobre homenaje de mi profundo reconocimiento.

BREVE RESEÑA

DE LA HISTORIA DEL REINO DE LAS DOS SICILIAS (1)

I

Al escribir una breve reseña histórica del reino de las Dos Sicilias, deberíamos ceñir nuestro trabajo al período de tiempo trascurrido desde que emancipados los antiguos reinos de Nápoles y de Sicilia de toda dependencia y dominación extranjera, formaron un solo y estable cuerpo de nación, un estado independiente, una monarquía compacta, que existiendo con vida propia, empezó á figurar y á tener importancia entre las potencias europeas. Pero como los acontecimientos humanos son una cadena no interrumpida, cuyos eslabones enlazados con el curso de los tiempos, forman un todo en que hay grande armonía, por ser unos y después otros siempre el resultado de los que los preceden; y habiendo sin duda preparado la emancipación del reino de las Dos Sicilias, bajo el cetro de un príncipe español, la larga dominación de España por más de dos siglos en aquellos países, daremos una rápida ojeada á su historia general, para entrar tal vez con más acierto en el trabajo que nos proponemos.

La Grecia, aquella nación privilegiada á quien confió la Providencia la civilización del género humano, se extendió desde su infancia, grande y emprendedora, en colonias y establecimientos, por el Mediodía de la Italia, ilustrando y civilizando aquel país predilecto de la naturaleza, que tomó desde luego el nombre de Magna Grecia. Fundaron, pues, los griegos en el continente á Sibarís, Locros, Reggio, Posidonia y Cumas; y en la isla á Messana, Catona, Siracusa, Agrigento, Panormo y otras, que produjeron guerreros ilustres y filósofos esclarecidos, y de las cuales muchas son hoy ciudades florecientes é importantísimas.

Pronto, Roma, destinada á ser la señora del universo, tomó posesión de las tierras situadas al Sur de Italia; al mismo tiempo que Cartago dueña de los mares, ocupó á Sicilia. Pero los romanos extendiendo sus conquistas por los ásperos montes de la Calabria, pasaron el estrecho y arrojaron de aquella isla á los cartagineses, haciendo de aquellos países sus más importantes provincias, que les produjeron soldados valerosísimos, capitanes y escritores de primera marca, inmensas riquezas y todo género de delicias, con su clima benigno y apacible y con su feracísimo terreno. En él levantaron los romanos grandes y poderosas ciudades, cuyas magníficas ruinas y la extensión de sus ciros y anfiteatros manifiestan lo crecido y rico de sus poblaciones; como los restos de sus quintas, termas y jardines recuerdan que los patrios, y cónsules, y emperadores buscaban en aquellas privilegiadas tierras el descanso de sus fatigas, y la salud, y el reposo, que les negaba la bulliciosa Roma y sus estériles campiñas.

Provincias romanas Nápoles y Sicilia corrieron, como era natural, las varias vicisitudes de su dominadora; y dividido el poder de ésta en dos imperios, y debilitados ambos con el peso de la tiranía y con la depravación de costumbres, presentaron á los bárbaros ancho campo para sus devastadoras irrupciones.

Los hérulos, capitaneados por Odoacro, dieron la primer arremetida al imperio de Occidente; y luego los godos se apoderaron de toda Italia, desde los Alpes hasta Reggio, y fueron señores absolutos de ella hasta que el emperador de Oriente, Justiniano, envió á Belisario y á Narsés con poderoso ejército á quitarles la presa. Consiguieronlo después de una guerra encarnizada, que duró diez y ocho años, ganando en las faldas del Vesubio una reñida batalla, en que murieron los príncipes godos Totila y Teia. La dominación bárbara no había alterado la organización de la parte meridional de Italia; pero al caer en el dominio del imperio de Oriente padeció un completo trastorno, dividiéndose en distintas provincias, cuyos supremos gobernadores to-

maron el título de duques, dependientes del Exarcado de Rávena, representante del Emperador.

La Sicilia entre tanto fué invadida por los vándalos mandados por el feroz Genserico; pero las victorias de Belisario la libertaron de su durísima tiranía.

Narsés, potentísimo en Italia, como su restaurador, se indispuso con el corte de Constantinopla; y por venganza de sus ofensas, excitó á los longobardos, habitantes de Panonia, á invadir la Italia. Verificáronlo luego mandados por su rey Alboino, y se apoderaron de casi toda, dejando á los griegos algunas posesiones (568). Y fueron los establecedores del sistema feudal en aquellos países.

Antes que los longobardos se enseñorearan del territorio de Nápoles, la isla fué presa de los sarracenos después de vigorosísima defensa; y ganó mucho bajo su dominación aquella isla, desarrollando de un modo notable su agricultura, su navegación y su comercio.

Entrado el siglo VIII ocupó el trono de Francia Carlo-Magno, y lo llamó en su ayuda el Pontífice, que en lucha con los iconoclastas, se veía muy apretado por los bárbaros, poseedores de casi toda Italia. Acudió á su amparo y defensa el famosísimo monarca francés, que logró pronto la completa destrucción de los longobardos, arrojándolos á los Alpes. En premio de lo cual y en agradecimiento á las grandes donaciones que hizo á la Iglesia Carlo-Magno, le dió el Padre Santo la investidura de emperador de Occidente, desapareciendo con esto del todo la dependencia de Constantinopla, aun representada por el impotente y caduco Exarcado de Rávena.

Repuestos los longobardos al pié de los Alpes, atormentaron pronto á Italia con sus continuas correrías, mientras que los griegos hacían en sus costas continuos desembarcos, y que el ducado de Benevento era teatro de encarnadísima guerra. Desórden general de que aprovecharon los sarracenos, señores de Sicilia, aposeñaron el estrecho, y se hicieron dueños de algunas ciudades de Puglia y de Calabria, esparciendo el terror en aquellas costas.

II

A fines del siglo IX los normandos, habitadores de las riberas del Báltico, después de ejercer la piratería en los mares y playas del Norte, entraron tierra adentro, con tan buena fortuna que llegaron á invadir á Francia y lograron afirmarse en su territorio, pues Carlos el Simple, que no supo combato y escarmentarlos, les concedió las tierras que forman la provincia llamada Normandía. Allí se establecieron y consolidaron, se afirmaron en el cristianismo, y adquirieron mayor consistencia y más estable poderío.

Establecidos así los normandos no renunciaron á sus instintos guerreros, á su necesidad de movimiento; y mientras guerrearán con sus vecinos, se extendían también por Italia, ya como mercaderes, ya como peregrinos que iban á los Santos Lugares. Acaeció que unos cuarenta de ellos, el año 1016, llegaron reunidos á Salerno, de vuelta de Oriente, en el punto mismo en que los sarracenos embestían la ciudad. Desanimados los habitantes, iban á entregarse á los invasores; pero animados y capitaneados por los peregrinos, se defendieron valerosamente y rechazaron á sus enemigos con espantosa carnicería. Prosiguieron en seguida su viaje los huéspedes, ricamente recompensados, y ofreciendo volver en mayor número siempre que necesitasen de su ayuda aquellas ciudades italianas.

Veintidos años después, tres hijos de Tancredo de Altavilla, señor de Normandía, excitados por los elogios que del clima y fertilidad de Italia hacían los peregrinos, marcharon á ella, llegaron al territorio napolitano con buen golpe de aventureros y entraron al servicio de los príncipes de Cápua y Salerno. Llamábase estos tres hermanos Guillermo, Dragon y Umfredo. Y reconocida su valentía y pericia militar, fueron solicitados para servir á sus discordias por varios duques y príncipes de la tier-

ra; y últimamente por los griegos, que aun conservaban con gran trabajo algunos establecimientos en Puglia, para que los ayudasen á reconquistar á Sicilia. Concertáronse y pasaron en aquella isla, consiguiendo importantísimas victorias. Pero como los griegos no les cumpliesen luego lo pactado, y hasta los afrentasen, desconociendo sus servicios, retiráronse muy desabridos de aquella empresa. Y no queriendo ya someterse á la condición dura de mercenarios, resolvieron guerrear por cuenta propia. Y cayendo sobre la Puglia, para vengarse de los griegos, los arrojaron de ella y se tituló conde de aquel territorio el primogénito de los Altavillas, Guillermo apellidado *Drago de hierro* (1046). — Muerto este, y asesinado Dragon por los alevosos griegos, tomó el supremo mando Umfredo, vengó completamente á su hermano y extendió notablemente sus conquistas.

El poder y engrandecimiento de aquellos advenedizos empezó á despertar recelos en el Pontífice, cuya importancia política y cuyo dominio territorial eran ya muy grandes en Italia; y trató de sujetarlos, valiéndose de las armas espirituales y temporales. Mas habiendo logrado los normandos apoderarse, ó por fuerza ó por astucia, de la persona del Papa, lo trataron con tal sumisión y tanta reverencia, que se lo hicieron suyo; y consiguió Umfredo que le concediera la investidura de señor, no sólo de Puglia, sino también de Calabria, de Sicilia y de cuantas tierras conquistara. Acontecimiento notable que, al mismo tiempo que legítimo, según las doctrinas de entonces, la dominación normanda, dió al pontífice romano derecho de alta soberanía sobre los príncipes que gobernaran aquellos países.

Roberto Guiscardo y Rugerio, otros dos hijos de Tancredo Altavilla, llegaron con nuevas tropas de aventureros á acalorar la empresa del hermano y de sus compatriotas. Y éstos fueron los verdaderos fundadores de los reinos de Nápoles y Sicilia, que luego unas veces se reunieron y otras se separaron.

Muerto Umfredo, quedó Guiscardo con el señorío de Nápoles, y Rugerio conquistó en poco tiempo la isla de Sicilia y se estableció en ella, tomando ambos la investidura, dada con mucho gusto por el Papa, que miraba con afición á los normandos, tanto por su amor á la religión cuanto por sus larguezas con la iglesia romana. Añadió Roberto á sus señoríos los principados de Salerno y de Amalfi; y queriendo hacer lo mismo con el de Benevento, desistió de ello por no ofender al Papa, á ruegos del abad de Montecassino. Y á poco defendió el trono pontifical de los ataques del Emperador, que llegaron hasta el punto de poner cerco á Roma.

Rugerio en tanto era, con título de conde, soberano de Sicilia, y á su muerte, acaecida el año de 1101, dejó el poder supremo á su hijo del mismo nombre. Roberto Guiscardo falleció á poco, y disputaron la herencia sus dos hijos, Boemundo y Rugerio; la obtuvo éste por pocos días y la dejó á su hijo Guillermo, quien murió sin sucesión. Entónces Rugerio, el de Sicilia, como heredero, se presentó á reclamar el dominio de Nápoles. Se le opuso el Papa ayudado por muchos de los barones, y ambos partidos apelaron á las armas. Pero Rugerio, tan entendido guerrero como sazar político, evitó todo encuentro y se manejó tan diestramente que al cabo consiguió la investidura y la posesión de aquellos Estados. Pero toda su ambición era el título de rey, y cuando poco después se dividió la Iglesia entre Inocencio y Anacleto, declaró luego antipapa, éste, por tener á Rugerio de su parte, le dió lo que apetecía, y lo coronó, por medio de un legado, en la catedral de Palermo, como rey de Sicilia y de todos los dominios de Roberto Guiscardo.

Asegurado luego Inocencio en el trono pontificio, llamó al emperador Lotario para combatir al que osaba llamarse rey de Sicilia. Este corrió á la defensa de su derecho, y lo hizo tan bien que logró apoderarse del Papa y obligarlo á que lo reconociese é invitiese, no sólo como rey de Sicilia, sino

(1) Escrita para la importante y lujosa obra titulada: *Reyes contemporáneos.*

como rey también de Puglia y de Calabria, el año 1139. Fué un excelente soberano: como guerrero extendió notablemente sus dominios, y llevó sus armas y sus bajeltes á las costas africanas y las de Grecia, para vengar en aquellas las invasiones sarracenas, en éstas los ultrajes hechos á un embajador suyo por el emperador de Oriente. Como legislador, aun se admiran las leyes que promulgó arreglando la hacienda pública y la administración de justicia, é inhibiendo de su ejercicio á los barones. Como protector de las artes útiles y de la ilustración, aprovechó diestramente los prisioneros que trajo de la expedición de Oriente para introducir en sus Estados el cultivo y las manufacturas de la seda, luego tan célebres y productivas en aquellos países. Dió gran empuje al monasterio de Montecassino, y fundó la célebre escuela de Medicina de Salerno, y Palermo y Nápoles se vieron engrandecidas y adornadas con públicos y magníficos monumentos, que aun recuerdan su reinado. Murió este rey el año 1164, dejando un hijo y una hija. Aquél, llamado Guillermo, heredó los reinos de Nápoles y de Sicilia; ésta, llamada Constanza, casó con Enrique, príncipe de Suavia, y en ella recayó muy pronto la corona de aquella isla, con la extinción de la línea masculina de los Normandos.

Gobernó doce años Guillermo desafortunadamente, adquiriéndose con justicia el renombre del *Malo*. A su muerte le sucedió su hijo del mismo nombre, dejando con razón muy diferente fama. Como valeroso guerrero, socorrió al Papa, atacado por el emperador Barbaroja, en 1168; volvió á sujetar á los sarracenos de Sicilia, auxilió oportunamente al emperador de Oriente, Alejo Commeno, y defendió á los cristianos de Palestina, oprimidos por Saladino. Y como ilustrado soberano, arregló la administración, fomentó la agricultura y el comercio, premió á los sabios y construyó grandes edificios, entre otros el magnífico templo de Monreale, en Palermo, destinándolo para panteón de los reyes de Sicilia. No tuvo sucesión de una hermana del rey de Inglaterra, con quien estuvo casado, y dejó al morir en 1189 la corona á su hermana Constanza, casada, como dejamos dicho, con Enrique de Suavia, hijo del emperador Barbaroja.

No contentó á los barones este cambio de dinastía, declararon nula la disposición del difunto y proclamaron rey á Tancredo, conde de Lecce, hijo natural de Rugerio; el cual, recibiendo la investidura del pontífice romano, defendió por tres años consecutivos su corona de los ataques de Enrique de Suavia, que, aunque promovido al trono imperial, no desistió de los derechos que le transmitía su mujer. Murió Tancredo durante aún la lucha. Sucedióle su hijo Guillermo, que menos feliz que el padre, cayó en manos del feroz Enrique y tuvo un desastroso fin. Con lo que completamente y sin estorbo vinieron á la casa de Suavia los reinos de Nápoles y de Sicilia el año 1194.

III

Dueño absoluto de ellos Enrique emperador, ejerció el poder con crueldad tan inaudita, y ejecutó tan atroces venganzas con los partidarios de Tancredo, que, creyéndose mal seguro en Sicilia, determinó una expedición á Palestina y murió en San Juan de Acre, dejando tutora de su hijo Federico, sucesor suyo en Nápoles y en Sicilia, á su viuda Constanza. Un año sólo sobrevivió esta princesa á su esposo, y dejó encomendado el rey niño al arzobispo de Palermo, al obispo de Capua y al abad de Monreale. También el Padre Santo se declaró defensor y protector de Federico, hasta que, harto de luchar con tanto pretendiente á aquellas coronas, lo declaró mayor de edad á la de trece años, en 1208.

Filipo, hermano de Enrique, ocupó el trono imperial jurando que no incomodaría á su sobrino en la posesión de sus reinos. Pero como faltase al juramento, fué excomulgado por el Papa; y perdiendo á poco la diadema, recayó el imperio, por unánime elección, en el mismo Federico, rey de Nápoles y de Sicilia.

Al coronarlo el Papa le exigió que fuese á hacer la guerra á Palestina, y lo casó con una hija de Juan de Brena, que tenía derecho á la corona de Jerusalem, usurpada por Saladino; matrimonio por el cual conservan aún los reyes de Nápoles y de Sicilia el título pomposo de *Reyes de Jerusalem*. Retardó Federico su expedición á la Tierra Santa, por lo que fué excomulgado, y con este apremio la verificó. Pero tuvo muy pronto que abandonarla y que volver en defensa de sus Estados, á quienes el Papa movió cruda guerra. Hizolo con tenacidad y buena fortuna, y dejó al morir las dos coronas á su primogénito Conrado, que estaba en Alemania, y á Manfredó, príncipe de Taranto, el gobierno, con título de vicario, hasta la llegada del nuevo rey. Fué Federico de gran ánimo, aunque vengativo y cruel, protegió las ciencias y las artes, sobre todo la poesía, y fundó en Nápoles una universidad, la segunda que tuvo Italia, habiendo sido la primera la antiquísima de Bolonia.

Grande oposición hizo el Papa á que Nápoles y

Sicilia reconociesen y jurasen al nuevo soberano, decidiendo que aquellos Estados pertenecían á la Iglesia por haber muerto excomulgado Federico. Mas Conrado, al frente de un poderoso ejército, terminó la contienda y tomó posesión de la corona. Pero no la gozó largo tiempo, pues murió en 1254 dejando sucesor á su hijo Conradino, de edad de dos años y ausente, volviendo por lo tanto Manfredó á ejercer el gobierno con título de vicario, y á poco con el de rey, suponiendo muerto al rey niño.

Renovó el papa Alejandro IV las pretensiones de su antecesor á la corona de Nápoles, y hallando vigorosa resistencia en el tenaz Manfredó, llamó á Carlos de Anjou, conde de Provenza, hermano de San Luis, rey de Francia, para conquistar el reino de Nápoles, ofreciéndole la investidura. Muerto Alejandro, su sucesor Urbano IV insistió en la pretensión; y al cabo Carlos, excitado por la ambición de su esposa Beatriz, aunque con desaprobación de su santo hermano, cedió á los deseos de Roma y se arrojó á la empresa, concediendo de antemano al Papa, por la investidura y por el apoyo que debía darle, cierto tributo anual y un caballo blanco en señal de vasallaje; este caballo es el origen de la famosa acenea, tan célebre en la historia y que aun no há mucho enviaban cada año á Roma los reyes de Nápoles. Y además le hizo concesiones muy importantes al poder de la Santa Sede. Empezó, pues, la conquista con incierta fortuna, y acaso no la hubiera tenido buena si el valeroso Manfredó no hubiese sido vendido por los suyos en la batalla de Benevento, donde, viéndose perdido, buscó y encontró la muerte en lo recio de la pelea. Su viuda y sus hijos se encerraron en el castillo de Nocera, donde perecieron lastimosamente á manos de los franceses.

Dueño Carlos del trono, se mostró tan injusto y tan cruel, que los barones del reino tramaron una secreta conjura, y averiguando que Conradino vivía escondido en una aldea de Alemania, y que había cumplido diez y ocho años, le enviaron mensajeros rogándole viniese á ceñir la corona, que tan legítimamente le pertenecía. Animado el joven, y acalorado por varios príncipes germanos, y particularmente por el duque de Austria, marchó con buenas tropas y no escaso de dinero, á Italia. Y en las llanuras de Tagliacozzo en Abruzzo dió una batalla, que empezó felizmente, pero que tuvo éxito desgraciado. Bárbaramente usó el feroz Carlos de la victoria: pasó á cuchillo sin piedad á cuantas personas de cuenta seguían al joven y desgraciado Conradino; y dueño de él y del duque de Austria, los mandó decapitar, como se ejecutó á los pocos días en la plaza del Mercado de la ciudad de Nápoles, en presencia de un numeroso pueblo conternado, que lloraba con verdadero dolor aquel desastre. El gallardo príncipe, en quien concluyó la dinastía suava en Italia, protestó solemnemente, y declaró sucesor suyo á don Pedro, rey de Aragón, como marido de la hija de Manfredó y de Constanza; y cuentan que antes de presentar el cuello al verdugo, arrojó en medio de la muchedumbre un guante, otros dicen una sortija, para que fuera presentado al monarca aragonés como prenda de su herencia.

Tales trastornos no bastaron á detener el curso de la civilización, promovida y empujada en Nápoles y en Sicilia por Federico y Manfredó. Pues se tradujeron entonces los manuscritos preciosos que aquel trajo de Oriente. Se vulgarizaron las obras de Aristóteles, de Galeno y de Ptolomeo, y brillaron el gran Santo Tomás de Aquino, lumbrera de la filosofía, y el amalfitano Flavio Gioja, inventor de la brújula.

Carlos de Anjou, asegurado en el trono y sin competidores á quien temer, continuó en sus crueldades y desaciertos, mereciendo durísimas amonestaciones del Padre Santo y haciéndose blanco del odio general. Y las rapacidades y violencias de los franceses de su ejército y de su corte fueron tales, que prepararon y justificaron el famoso y sangriento suceso, consignado en la historia con el nombre de *Vesperas sicilianas*. Había trasferido su residencia de Palermo á la ciudad de Nápoles, dejando de lugarteniente en Sicilia á un francés, su favorito, el que gobernó con tal desenfreno y permitió tanta indisciplina y tan irritantes excesos á sus compatriotas, que dieron ocasión al famoso Juan de Prócida de llevar á cabo una vasta y atrevida conjura que tenía combinada, para la destrucción y total acabamiento de los extranjeros opresores. Y el día segundo de Pascua del año 1282, al toque de vísperas, fueron asesinados, en toda la isla y en dos horas, más de ocho mil franceses.

Don Pedro, rey de Aragón, ó prevenido de lo que iba á suceder, ó por mera casualidad, cruzaba aquellos mares para limpiarlos de piratas sarracenos; y acudió al rumor de tan grave acontecimiento con tal oportunidad, que los sicilianos se echaron en sus brazos, lo aclamaron rey; y lo coronaron inmediatamente en la catedral de Palermo, como descendiente y legítimo heredero del desventurado Conradino, volviendo á dividirse así ambas coronas, reunidas desde el tiempo de Rugerio.

Carlos, furioso con la pérdida de Sicilia, desahó

al Aragonés, señalando campo en Gascuña, y nombrando juez y padrino al rey de Inglaterra; pero aunque concurrieron ambos monarcas, no llegaron á combatir. Entre tanto el famoso almirante aragonés Roger de Lauria, aprovechando la ausencia de él de Nápoles, atacó varios puntos de sus estados y hasta la capital misma, haciendo en ella prisionero al príncipe de Salerno, hijo y heredero del rey Carlos, y de su mismo nombre, que gobernaba el reino durante el viaje y empresa caballerescas de su padre. Noticioso éste de tal contratiempo volvía furioso á vengarlo; pero fué detenido por la muerte en la ciudad de Foggia año 1282.

Sucedióle el hijo prisionero de Roger de Lauria, que á los cuatro años de prisión logró rescate por empeño del rey de Inglaterra; y obtuvo del Papa la investidura de Nápoles y de Sicilia. Alteró grandemente tal concesión á don Jaime sucesor de don Pedro, que apeló á las armas. Y llamado luego al trono de Aragón, dejó en Sicilia de lugarteniente á su hermano menor don Fadrique, quien no tardó en rebelarse y llamarse rey. Nuevas guerras nacieron de este cambio, hasta que don Fadrique aseguró la paz aviniéndose con su hermano, y casándose con una hija del nuevo rey Carlos de Nápoles, pactando que á su muerte volviera la isla á ser dominio de la casa de Anjou; lo que disgustó tanto á los catalanes y aragoneses que lo habían ayudado en todas sus empresas, que se retiraron de Sicilia muy desabridos, y emprendieron la famosa expedición contra turcos y griegos, en que ejecutaron tales hazañas, que á no estar tan comprobadas en autores contemporáneos se reputarían fabulosas.

Murió á poco el rey Carlos de Nápoles dejando la corona y sus pretensiones á la de Sicilia, en su hijo segundo Roberto, por haber sido llamado el primogénito al trono de Hungría. Se empeñó el nuevo Rey en costosa guerra por socorrer al Papa, logrando triunfar completamente del emperador Lidovico, que había invadido el estado romano. También tentó la conquista de Sicilia, pero infelizmente; pues perdió en Trápani su armada y su ejército, devorados por la peste.

A la muerte de don Fadrique no se cumplió el pacto de que volviera su corona á la dominación Anjouina; pues el odio de los sicilianos á los franceses, y el temor de que vengaran la pasada manzana, los decidió á alzar por Rey á don Pedro, hijo del difunto. Reinó dos años, y á su muerte fué proclamado su hermano don Luis, aunque no tenía más que cinco de edad. Los disturbios é inconvenientes de la larga minoría aconsejaron á los barones y á los hombres de cuenta buscar remedio en lo pactado por don Fadrique, echándose en brazos de Roberto; y muy adelantadas las negociaciones, murió (1343) este Rey, que fué gran protector de las ciencias y de las artes, y que honró y regaló largamente en su corte al célebre Bocaccio y al inmortal Petrarca. Al morir Roberto dejó ambas coronas á su hija Juana, casada desde niña con Andrés, hijo del Rey de Hungría, concluyendo así la primera dinastía de Anjou.

Recibió la nueva Reina la investidura pontificia á los diez y seis años de edad. Era de carácter débil y se dejó dominar por una mujer plebeya natural de Catania; mientras el marido, no más fuerte, se entregó completamente á los húngaros de su séquito; lo cual y la aversión ingénita que ambos esposos se profesaban, ocasionaron el asesinato del desgraciado Andrés, á quien un dogal quitó la vida secretamente el año 1345; siendo grandes las sospechas que recayeron sobre la Reina, corroboradas cuando á pocos meses y sin dispensa, contrajo segundas nupcias con su primo Luis, príncipe de Taranto.

Gran polvareda levantó en Hungría la noticia de la muerte de Andrés; y el Rey su hermano, con numerosa hueste cayó sobre Nápoles, sin dar más tiempo á la reina Juana, que el escasamente necesario para ponerse en salvo y refugiarse en Aviñón.

Fueron empero tantas y tales las atrocidades y crueles venganzas del húngaro, que los mismos napolitanos solicitaron con grande empeño la vuelta de su Reina. Bendijo el Padre Santo su segundo matrimonio, la declaró absuelta de las sospechas pasadas, y rehabilitada de las sospechas presentes; como lo logró, ajustando al cabo ventajosas paces; con lo que Juana y Luis fueron muy luego coronados solemnemente en la catedral de Nápoles el año 1351.

Entonces los barones de Sicilia, que entablaron negociaciones con el difunto Rey, las concluyeron con la hija, que pasó inmediatamente á tomar posesión de la isla; pero no lo consiguió, porque encontró resistencia en el pueblo, que sostuvo en el trono á don Fadrique, nieto del antecesor del mismo nombre. Y no teniendo sucesión, lo dejó á su hija María, quien lo traspasó á su hijo don Martín, muerto el cual pasó al Rey de Aragón del mismo nombre, á quien sucedieron don Fernando, y luego don Alfonso, al que, como diremos, llamó más tarde al trono de Nápoles la reina Juana II.

Todos estos Reyes de Sicilia de la casa de Aragón, aunque se vieron empeñados en prolijas y

continuas guerras, corriendo varias fortunas, no olvidaron el momento y la prosperidad de sus vasallos, protegiendo la agricultura, el tráfico y la navegación; con lo que adquirió un poder notable aquel reino, tanto no sólo del vecino de Nápoles sino también de las costas africanas y de los mismos emperadores de Oriente.

Vuelta la reina Juana á sus estados, desistiendo de la posesión de Sicilia, murió el rey don Luis, su esposo, y contrajo tercer matrimonio con un príncipe aragonés, por cuya inmediata muerte celebró el cuarto, en seguida, con otro de la casa de Brunswick. Grandes amarguras probó aquella infeliz mujer en el trono de Nápoles, pero la mayor de todas se la hizo devorar un ingrato. Viéndose sin sucesión Juana, y en una enfermedad de peligro, nombró heredero de la corona á Carlos Durazzo, como marido de una sobrina suya á quien mucho amaba. Ocurrió á poco el cisma entre Aviñón y Roma. La Reina siguió el partido de Clemente, declarado después antipapa. Y Durazzo, previendo el triunfo de Urbano, se declaró su más ardiente partidario, y le pidió la investidura del reino de Nápoles, que le concedió inmediatamente, para vengarse de la auxiliadora de su competidor; con lo que Durazzo sin más esperar, atacó á mano armada los derechos de su reina y de su bienhechora. Defendiéndolo el marido con valor, pero con escasa ventura, teniendo que retirar la vendida Juana en la fortaleza de Castelnuovo. Allí despedida revocó su decisión á favor del traidor y nombró por heredero á Luis de Anjou, hermano del rey de Francia, pidiéndole pronto socorro. Tardó este en llegar, y cayó la infeliz en manos del implacable Durazzo, que trasladándola al castillo de Muro, en Basilicata, le quitó la vida con un dogal (1381); semejante muerte á la que tuvo su primer marido Andrés de Hungría.

El segundo llamamiento de la casa de Anjou trajo grandísimas desventajas al infortunado reino de Nápoles. Invadió Luis con poderoso ejército, y cuando casi tenía asegurada su conquista, murió repentinamente á la vista de la capital; con lo que aterradas sus tropas, y faltas de caudillo, se retiraron primero, y luego desorganizadas se dispersaron y desaparecieron. Libre Durazzo de aquel enemigo, encontró otro año más temible en el Padre Santo, indignado contra su villana conducta. Pero el afortunado y atrevido advenedizo se lanzó de repente con buen golpe de soldados sobre Nocera, feudo del pontífice, y donde de solaz y con sus cardenales eventualmente estaba; lo hizo prisionero, y lo envió con buen recaudo á Génova. Desembarazado de unos y de otros y confiado en su feliz estrella, puso los ojos en el trono de Hungría, que estaba vacante, y marchó á la ligera á solicitarlo; pero lo volvió el rostro la fortuna, y en cuanto penetró en aquel reino fué asaltado por una tropa de asesinos, que lo hirieron de muerte y lo llevaron á morir á un estrecho calabozo (1386); justa paga de sus traiciones é ingratitude.

Dejó Durazzo dos hijos. El mayor de ellos Ladislao, ocupó el trono bajo la tutela de su madre, quien viéndose muy apretada por Luis de Anjou, hijo del anterior, que vino con nuevo ejército, se encerró con su pupilo en los muros de Gaeta. Varia fué la suerte de las armas, gran parte del reino cayó en manos del pretendiente; pero por las vicisitudes de la guerra, pronto tuvo que abandonarla. Llegó Ladislao á la mayor edad, descubriendo aun más ambición que su padre. Buscando recursos con que reparar los apuros pasados y llevar adelante sus pensamientos, casó con una doncella siciliana riquísima, á quien luego abandonó, dejándola en la miseria; y, siguiendo las huellas de su antecesor, puso también las miras en el trono de Hungría.

Atajado en su empresa por fuerzas superiores, pensó en no salir de Italia, y se apoderó de la Toscana, y luego de Roma, con pretexto de ampararla en sus discordias con Aviñón, llegando á titularse Rey de Romanos. Conoció el pensamiento su ambición insaciable de hacerse soberano de toda Italia, lo que motivó liga entre el Papa, los florentinos y los franceses; y cuando el audaz Ladislao se preparaba á hacer frente á tantos enemigos, su querida lo envenenó en Perugia, y murió en Nápoles á los pocos días el año 1410, á los treinta y siete de edad.

Dispersáronse con su muerte las numerosas tropas mercenarias que tenía reunidas, y heredó el trono su hermana Juana, viuda de Leopoldo duque de Austria, joven hermosa, pero de costumbres livianas y corrompidas. Empezó su reinado teniendo por amante á Pandolfo Alogo, y luego á un tal Sforza. Se casó con un príncipe francés de la casa de Borbon, el cual conociendo pronto lo que era su esposa, redujo á prisión á ambos favoritos, y á ella á estrechísima vida. No podía soportar Juana II tal reclusión y tan pesado yugo, y con lágrimas, quejas y tratos secretos, logró interesar á sus vasallos; los que en un tumulto popular le restablecieron triunfante en su poder y arrojaron de Nápoles á su marido. Este se refugió en Sicilia, y renunciando al mundo, tomó la capucha en un convento de San Francisco.

Dueña la Reina de su voluntad, sacó de prisión á

Sforza reverdecándose en sus amores; pero pronto indignado este favorito de tener por rival á Sergio Caracciolo, y deseoso de vengarse, se concertó secretamente con Luis de Anjou para que invadiese el reino, y se le ofreció de *condottiere* de la expedición. Apretada la Reina por los franceses, llamó en su ayuda, nombrándolo su heredero, á D. Alonso de Aragón, que guerreaba en Sicilia. Y combinó las cosas de modo, que mientras él de Anjou y Sforza estrechaban el asedio de Nápoles, otro bravo *condottiere*, Braccio Montone, con buen golpe de tropas allegadas, los atacó por la espalda, abriendo paso al Rey de Aragón, que entró triunfante en la capital (1421).

Recibió la liviana Reina con grandes festejos y muestras de la más cordial gratitud; pero muy luego los obsequios se tornaron desaires, y sospecha la confianza, al ver lo que cundía la prepotencia del aragonés, hasta que en abierto rompimiento Juana se retiró á Capua, mientras Alfonso desde Castelnuovo ejercía poder soberano en todo el reino. Acomodóse la Reina con el traidor Sforza, y retirándose la herencia al rey de Aragón, se la confirió á Luis de Anjou; con lo que nació una nueva y encarnizada guerra, y ocurrieron sangrientos encuentros entre franceses y aragoneses. Continuaba en el favor, á pesar de Sforza, el osado Caracciolo, elevado á la dignidad de príncipe de Capua; pero no contenta su ambición, pidió los de Salerno y Aversa, y habiéndole sido negados se atrevió, en un exceso de ira, á poner las manos en el rostro de su soberana, que lo mandó asesinar, por el atentado; aunque, mujer apasionada, lloró luego su muerte. Tres años después murió Juana, y dejó el reino definitivamente á Renato de Anjou, hermano de Luis.

Hallábase este príncipe prisionero del duque de Borgoña, y no pudiendo concertar su rescate, envió á su esposa Isabel á gobernar el reino. Lo hizo esta con mucha prudencia y acierto, hasta que rescatado Roberto vino á coronarse á Nápoles. Fué Roberto rey de apacible condición, pero desafortunado en sus empresas; y después de desastrosa guerra le arrebató la corona D. Alonso de Aragón, que sorprendió la ciudad entrando en ella á media noche por un subterráneo. Perdido así el reino, no pensó Renato en reconquistarlo. Se retiró á Provenza y á la vida privada, donde se dio á las letras, dejando escritas varias obras. Con su muerte concluyó la segunda dominación de la casa de Anjou en aquellos países.

Dueño absoluto de la corona don Alonso, fijó definitivamente su corte en la ya hermosa ciudad de Nápoles, dividió el reino en doce provincias, regularizando y uniformando su gobierno, reformó las leyes, arregló la administración del Estado y promovió con empeño la pública prosperidad; sin que por esto desdichase la gloria militar y el engrandecimiento político de la nación, ora ayudando valerosamente al Pontífice á recobrar el dominio de las Marcas, ora libertando al duque de Milan de las continuas invasiones y correrías de genoveses y florentinos; con lo que ganó altísima reputación y el respeto universal. A su muerte dejó el reino de Nápoles á su hijo natural don Fernando, y el de Sicilia á su hermano don Juan, volviendo así á separarse estas coronas.

El reinado de D. Fernando I fué agitado y turbulento, y no contribuyó poco á que así fuese el carácter duro y cruel de su hijo heredero D. Alfonso, duque de Calabria, pues los barones viendo hollados por él sus derechos y prerogativas, y atropellados los fueros y franquicias de los pueblos, se rebelaron. La mediación del Sumo Pontífice arregló las cosas y se sometieron. Mas el rey D. Fernando instigado por su hijo los convidó después á un festín en Castelnuovo, donde bárbara y traídamente los pasó á cuchillo. Este rasgo de crueldad y de perfidia que ennegrece su historia, quita todo su valor á la protección que dispensó á las letras, y á Sanzauro, Panormita y Pontano, fundador de la academia *Pantoniana*, que todavía existe y adorna á la ilustre ciudad de Nápoles.

El año 1494, el rey Carlos VIII de Francia invadió á Italia con poderoso ejército, para conquistar, como representante de la antigua casa de Anjou, el reino de Nápoles. Y esta acometida afectó tanto el ánimo del rey D. Fernando, ya en la avanzada edad de setenta y un años, que murió repentinamente al saberla. Sucedióle su hijo Carlos, duque de Calabria, ya célebre por sus maldades. Defendió el reino tenazmente; hasta que poco seguro de la lealtad de los suyos, y sabedor de que el Papa sólo había dado la investidura al monarca francés, sino que también lo había coronado solemnemente en Roma; se sobrecogió de manera, que con asombro de cuantos conocían su carácter feroz é indomable, huyó á Sicilia y se metió fraile, dejando la corona á su hijo D. Fernando.

Don Fernando II aunque muy joven era esforzadísimo, y se arrojó con valor á la defensa de sus derechos. Pero poco satisfecho de la fe de sus vasallos, y conociendo con gran prudencia y sagacidad que era inútil toda resistencia, quiso guardarse para mejor ocasión. Reunió en Castelnuovo á los barones del reino, les levantó el homenaje y juramento de fidelidad, y para concluir la guerra y evitar el derramamiento de sangre se retiró á Sicilia.

Esperó allí como advertido una ocasión oportuna, y se ocupó con gran secreto y actividad en buscar recursos para recobrar la corona. Pronto le facilitaron uno y otro el desconcierto é insolencia del rey de Francia, y la rapacidad y desenfreno de los franceses; pues aborrecidos de toda Italia, en toda ella encontró armas y dinero para combatirlos el refugiado en Sicilia. Y al volver al continente é restaurar su causa, se encontró con la ayuda y socorro importantísimo de un poderoso ejército español, que le enviaba D. Fernando el Católico, al mando de Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien sus hazañas y pericia militar le granjearon luego el nombre de *el Gran Capitán*, con el que lo reconoce la historia. Otro ejército de varios príncipes italianos, mandado por el marqués de Mantua, llegó también en socorro de Fernando II. Y asustado el francés con tanto estrépito, se retiró precipitadamente á su tierra, con notable pérdida de gente y de reputación.

Poco disfrutó de su restaurado trono Fernando, pues se lo arrebató la muerte, y lo ocupó su tío Federico, cuyo reinado hubiera sido feliz, considerando sus buenas partes, si nuevos acontecimientos no hubieran amargado sus días y deprimido del poder. El rey de Francia Luis XII, deseoso de vengar la derrota de su antecesor, atacó de nuevo el reino de Nápoles, y el rey Católico envió de nuevo al Gran Capitán, que se apoderó de los castillos de la capital con pretexto de guardarlos y defenderlos. El desgraciado Federico viendo en este paso un despojo, quiso echarse en brazos del rey de Francia; pero viéndose en esto un nuevo peligro, desengañado de que no podía resistir á tan poderosos enemigos, y que lo mismo podía farse de los unos que de los otros, se retiró á la vida privada, para ser paciente y resignado espectador de cómo dos naciones poderosas y rivales disputaban su corona.

Dejó un hijo en Taranto encomendado á la lealtad de algunos barones, que se habían conservado fieles, pero el general español se apoderó bien pronto de su persona; y aunque (lo referimos con dolor) juró ante los barones que lo defendían, y sobre una Hostia consagrada, dejarlo en completa libertad, lo envió prisionero y con buena escolta á España.

Quedó, pues, el reino de Nápoles en manos de españoles y franceses, devastando el país y haciéndose crudísima guerra, pero ganada por el Gran Capitán la sangrienta batalla de Cerinola, y muerto en ella el duque de Nemours, caudillo del ejército francés, quedó el reino á merced de los españoles, y ejerciendo el supremo poder en nombre del rey de Aragón Fernando V el Católico, el Gran Capitán con el título de virey. Igual título tomó luego el gobernador de Sicilia, y quedaron ambos países, antes verdaderos reinos, separados y convertidos en provincias españolas (1503); como por espacio de dos siglos se mantuvieron, formando parte de aquella colosal monarquía que extendió á poco su poder, atravesando audaz y afortunada mares desconocidas, á las ignoradas regiones de un nuevo mundo.

IV

Reducidos, pues, á provincias españolas los dos importantes reinos de Nápoles y de Sicilia, fueron constantemente gobernados por Vireyes que introdujeron en aquellos países, en cuanto les fué posible, las costumbres, leyes y administración de la metrópoli, aunque conservaron los estados generales de ambos antiguos reinos y las formas del gobierno municipal de sus ciudades; bien que rara vez fueron consultados aquellos, y poco á poco se modificaron estas del modo más conveniente al poder reinante.

El mismo Gran Capitán, conquistador de Nápoles, fué su primer Virey, y mostrósse entendido y hábil gobernador; pero despertando su gran popularidad recelos en el ánimo del suspicaz Fernando V, vino este soberano, con pretexto de visitar su nuevo reino, á retirar de él á Gonzalo de Córdoba, y á crear estorbos en el absoluto poder de los Vireyes, alterando al mismo tiempo las leyes fundamentales y la administración antigua de aquel estado, y hasta intentó introducir en él la Inquisición.

Tanto Nápoles como Sicilia son deudoras, sin duda, de grandes elementos de seguridad, salubridad y cultura á la dominación española, pues la magnificencia de sus capitales, la facilidad de sus comunicaciones, las obras de utilidad pública, como desecación de pantanos, acueductos, fuentes, calzadas y fortificación de los puntos accesibles de las costas, obras son de los Vireyes en ambos países de aqueñe y allende el Faro.

A la muerte de los Reyes Católicos heredó las coronas de Aragón y de Castilla con todos sus dominios en ambos mundos, su hija doña Juana, la enfermedad mental de esta señora por la pérdida de su marido don Felipe el Hermoso, las colocó muy luego en las sienes de su hijo don Carlos, primero en el trono español, y después quinto en el del imperio de Alemania. Las encarnizadas y con-